

Descubrimiento, Transformación y Redescubrimiento

juan camilo espinosa echeverry



Capítulo 1

Descubrimiento Transformación y Redescubrimiento

Debía morir de cualquier forma excepto por suicidio; esa era la instrucción del hechicero nigromante para recuperar a Luisa. La verdad no entendía su método pero me dio el ultimátum de que hacia lo que me pedía o que olvidara todo. Por otro lado no soy guerrero sino granjero, así que aparte de una muerte natural por vejez o enfermedad, no se me ocurre nada para cumplir la instrucción.

De alguna manera tendré que convertirme en soldado o algo por el estilo para cumplir rápido el cometido.

Una mañana fui al cuartel de soldados y caballeros del castillo del rey y me presenté como voluntario, pero negaron mi solicitud ya que no era apto por estatura, títulos nobiliarios, dinero suficiente para la carrera militar y hasta me dijeron que mi físico no era muy apropiado para tan noble oficio.

No teniendo más alternativa, me fui caminando hasta el centro del pueblo y revisé el tablero para caza recompensas. Había un par de avisos para atrapar a simples ladrones, nada sumamente peligroso como para morir en el intento.

Me disponía a partir de nuevo a mi granja arrastrando mi moral por el suelo, pero me llamó la atención un viejo, ajado y amarillento aviso que ofrecía una cuantiosa suma por cazar un dragón que residía en los límites del reino. No explicaba el por qué o para qué lo requerían muerto, pero la grandiosa suma disipaba cualquier duda. De todos modos ni siquiera sabía que existía un dragón en éste reino; nunca había oído de él.

De nuevo con la frente en alto y la esperanza renovada, tomé el aviso y me dirigí a la granja a prepararme para el viaje; de seguro el dragón me mataría en cuanto me viera, o porque no, en el camino podría sucederme algo.

Preparé un par de alforjas con buena cantidad de comida y bebida, ropa extra y algunos utensilios de cocina; el hecho de que busque la muerte, no significa que tenga que hacerlo con hambre. No cargué ningún tipo de arma, excepto un cuchillo de cocina para cortar la comida; monté las alforjas en mi confiable mula y partí.

No sabía cuánto me tardaría en llegar a la guarida del dragón pues es la primera vez que hacía un viaje tan largo, de hecho era mi primer viaje en

toda mi vida.

Irónicamente los caminos del reino son muy seguros y bien custodiados, así que no sufrí ningún percance hasta el último trayecto del camino, dónde me asaltaron tres tipos pero no se llevaron nada. Por un lado llevaba casi dos semanas cabalgando y la comida prácticamente se había acabado, ya no tenía dinero pues me había reabastecido días atrás, y al ser granjero mis enseres y ropas no eran de valor y mi mula ya era vieja para ser vendida; así que los rufianes se fueron enojados y creo que uno de ellos me miraba con lástima.

Cuando al fin llegué a mi destino localicé lo que parecía la guarida del dragón, un poco más adentro de la frontera de un amplio bosque. Donde ese bosque empezaba, se encontraba los lindes del reino; acampé para descansar y prepararme psicológicamente para morir al día siguiente.

Temprano en la mañana me adentré en el bosque e ingresé a una caverna con una enorme entrada. Sentía mucho miedo, me sudaban las manos, me temblaban las piernas y sentía mi palpitante corazón en la garganta.

Cuando di unos veinte pasos dentro de la oscura cueva, una exuberante y potente voz femenina me habló: "No eres soldado, caballero, ni ninguna otra clase de guerrero. ¿Qué haces acá? ¿Te perdiste?".

Le respondí a la voz que buscaba al dragón que residía allí.

"¿Y para qué buscas al dragón? ¿Para matarlo?".

Le dije que no, que era un asunto difícil de explicar; pero entonces me insistió que le contara.

Comencé nombrándole a Luisa, que básicamente lo hacía por ella y me bombardeó con preguntas:

"¿Y quién es ella, tu esposa?". -No.

"¿Tu prometida, tu novia?". -No.

"Ha de ser tu hija o sobrina". -No.

"¿Tu madre o tía?". -No.

"¿Entonces quien rayos es?". -Es mi vecina.

"¿Y qué tiene que ver el dragón con tu vecina?". -Bueno, diría que todo y nada; es un asunto personal. Imagino que me equivoque de cueva,

seguiré en mi búsqueda, perdón la intromisión...

"¡Espera! tal vez pueda ayudarte a encontrar el dragón". -¿Sabes dónde está?

"Podría decirse que tengo más idea que tu acerca de su paradero, pero primero debes explicarme todo el asunto, pues tengo curiosidad". -Está bien, lo haré pero déjate ver. "¡No! al menos aún no, soy muy tímida. Cuando me sienta cómoda saldré de la oscuridad y me verás. Primero siéntate en esa roca de la entrada y cuéntame tu historia". -Está bien.

Luisa es mi vecina y murió accidentalmente; busco revivirla.

"Vaya, eres muy buen vecino. Y, ¿el dragón la resucitará?". -No, lo busco para que me mate a mí y así reviva Luisa.

"Me volví a perder. ¿Cómo es eso de que tu muerte revive a otro?, y tú, ¿qué ganas? o ¿qué le debes a esta Luisa?".

Lo hago porque me gusta; y según órdenes del hechicero si muero ella revive.

"¿Y confías en ese tipo?". -Tengo que, además se supone es la única forma.

"La verdad no me convence lo que te pide hacer... y esta Luisa, ¿te corresponde?".

-Bueno, la verdad apenas sabe que existo...

"Entonces ¿para qué lo haces? Además, si mueres, como disfrutarás su... no se... ¿Presencia? ¿Compañía?". -Según el nigromante, si una vez revivida corresponde a mis sentimientos, yo reviviré también.

"¿Y si no?". -Bueno, no tengo nada que perder.

"¿De verdad crees que podría funcionar tal hechizo?". -De nuevo, no tengo nada que perder.

"La verdad no sé si eres valiente o estúpido. ¿Y porque tiene que ser un dragón?". -No es obligatorio lo del dragón... resumiendo todo, es mi última opción, ya que no puedo usar ninguna clase de suicidio.

"Pero si lo piensas bien, buscar y prácticamente entregarte al dragón es una clase de suicidio".

Eso último que me dijo me hizo pensar y reflexionar mucho, pues era

sensato y cierto.

Guardé silencio un buen rato mientras estaba absorto en mis pensamientos, cuando de pronto de la oscuridad emergieron dos enormes y brillantes ojos color miel. Cuando se acercaron aún más a la entrada de la caverna, comprendí que esos ojos eran los del dragón.

Acercó su cabeza a centímetros de mí y sentí su cálido aliento. Sentía que mis ojos se me saldrían de las cuencas y no parpadeaba del miedo que sentía. El dragón percibió mi temor y con su femenina voz me susurró: "No temas, no te haré daño alguno".

Nunca imaginé que un dragón hablara y mostrara inteligencia alguna. La imagen que siempre tuve era de bestias destructivas ansiosas de sangre.

El dragón, o mejor dicho, la dragona me volvió a hablar: "Tranquilízate, si quisiera hacerte daño lo habría hecho en cuanto pusiste un pie en mi guarida, pues te olfatee desde antes de entrar".

Eso me tranquilizó, al menos un poco, respiré profundo y le expresé cuán asombrado y fascinado me encontraba por conocer un dragón. Ella también me comentó sentir curiosidad por mí, pues era diferente a lo que llegó a conocer de los humanos.

Aproveché y le pregunté por el cartel de recompensa y me explicó que años antes vivía en su guarida un dragón macho que era muy irascible y que básicamente lo buscaban a él, pero se mudó a algún otro lugar y ella quedó allí sola. Me comentó que ella sólo caza animales y no gusta entrometerse con humanos; por todas esas razones se fue olvidando lo de la recompensa hasta que nadie más volvió a preocuparse del asunto hasta que aparecí yo.

Entre más hablaba con la dragona, más confianza me generaba; hasta me confesó llamarse Diana y que desde hace un tiempo para acá se sentía aburrida por su soledad y pensaba migrar, pero que aguardaría un tiempo más para saber que más pasaba conmigo.

Volvió a abordar el tema de Luisa y preguntarme si estaba seguro; por mi parte seguía firme en mi decisión aunque debía descartar el plan del dragón. A Diana le pareció divertido mi asunto y prometió ayudarme, aunque yo no sabía cómo, porque con una dragona de compañía estaría más a salvo que estando sólo. Sin embargo ella me aseguró que no me preocupara y que simplemente confiara en ella.

Sin más que hacer en ese lugar, seguí cabalgando en compañía de Diana hacia cualquier parte. Ella me sugirió que aprovechara el viaje para ir a sitios a los que siempre quise ir. Decidí hacerle caso y nos fuimos bordeando la frontera hasta salir del reino, ya que siempre quise conocer

otros reinos.

En el camino vi que se acercaba una caravana, al parecer mercaderes; giré para advertir a Diana pero no la encontré por ningún lado. La caravana pasó de largo, y así como desapareció Diana, un momento después volvió a aparecer.

Al ver mi cara de perplejidad, Diana sólo me guiñó uno de sus grandes ojos y esbozó lo que yo creo fue una sonrisa que dejaba ver parte de sus afilados dientes.

Cuando me percaté de que nos acercábamos a un pueblo del siguiente reino, Diana me dijo que iría a cazar a los alrededores mientras yo iba al pueblo y que luego ella me buscaría. Le dije que tendría que trabajar en algo para poder tener comida y alojamiento porque ya no me quedaba dinero, pero Diana me ofreció que me volviera a reunir con ella allí más tarde, que ella se ocuparía de ambas cosas, de nuevo me recalcó que confiara en ella. Sin nada que perder acepté y nos separamos.

El pueblo se sentía que no estaba tan cuidado como del que yo provenía. Interrogando algunos de sus habitantes, me contaron que los pueblos fronterizos de ese reino los tenían algo abandonados por ser tan lejanos pero que el comercio era bueno y eso era lo que los mantenía a flote, aunque la seguridad dejaba mucho que desear y para la protección de la mercancía viajante se compraba la defensa de mercenarios, mismos que podrían comprarse para también robarla; simplemente trabajaban para el mejor postor.

Con todo lo anterior se me ocurrió presentarme como asistente para escoltar alguna de las caravanas pero no tuve suerte, por mi simple presencia de granjero me descartaban de inmediato, así mis precios fueran bajos. De pronto se me acercó un anciano que había notado que me observaba desde un rincón de la plaza de mercadeo. Me manifestó la necesidad de contratarme como escolta para sus mercancías, pues no poseía mucho dinero para pagar a los mercenarios fuertemente armados, y deseaba arriesgarse conmigo, pues con sinceridad me insinuó que yo era mejor que nada.

Al principio me sentí un poco ofendido pero comprendí que el viejo sobrevivía gracias a su pequeño negocio; cerré el trato con él y quedamos de encontrarnos al día siguiente a las afueras del pueblo para recoger sus mercancías.

De vuelta con Diana, ella me guio hasta un claro dentro del bosque que mantenía la frontera, y allí tenía un pequeño venado. Me manifestó que ella ya había cazado y comido y que esa presa era para mí. Le agradecí su gesto y mientras preparaba fuego para asar la carne le conté de lo

sucedido en el pueblo.

Le confesé que en principio quería hacerlo como misión suicida pero la situación del viejo me había hecho recapacitar. Ella de inmediato sonrió como complacida y me expresó que me ayudaría a proteger esa carga, me guiño uno de sus ojos color miel y a continuación se echó para dormir. En principio me pareció genial pero luego pensé como haría para no llamar la atención viajando con una enorme dragona. Pensando en esto me quedé dormido.

Desperté temprano y me encontré que me hallaba dentro o debajo de alguna tienda que dejaba pasar algo de los rayos de luz. Volví a mirar detenidamente y descubrí que me hallaba bajo una de las alas de Diana y acurrucado en su costado. Cuando me moví, ella alzó su ala y me dijo que notó como temblaba de frío por la noche y me había atraído hacia su cuerpo para darme calor y cobijo con su ala. Le agradecí su gesto pero estaba completamente apenado y sentí como mi rostro se enrojecía; creo que ella lo notó porque no dejaba de mirarme y sonrió divertida.

Cuando me encontré con el viejo mercader, dejó en mi posesión tres mulas cargadas con artículos varios para entregarlas a su socio en el próximo pueblo, junto con una carta donde explicaba la situación y cuanto debía pagarme.

Cabalgué en mi mula a la cabeza de las otras tres guiándolas y al cabo de un rato, donde el camino estaba menos transitado, me sorprendió por detrás Diana, asustándome a mí y a las mulas, las cuales tardé en calmar. Aún no sé cómo "alguien" tan grande puede hacer para aparecer y desaparecer a voluntad sin que otros se den cuenta. Hasta ahora no la he visto volando, pero no es de sorprenderme pues así si llamaría la atención. Entre más hablo con ella más disfruto su compañía, es divertida y posee mucha sabiduría, es sencilla y fácil de tratar; a veces olvido que es una dragona.

Por ratos Diana dejaba de hablarme y "escuchaba el viento", o al menos eso era lo que ella me decía. En una de esas ocasiones me volví para verla, pues se había quedado más atrás, pero ya no estaba allí. Cuando volví a mirar para adelante, cinco tipejos bloquearon mi paso y apuntaban con machetes y hoces ordenando que les diera las mulas cargadas. Estaba pensando en que podría hacer cuando de pronto dos de ellos, los que estaban más lejos, fueron atraídos bruscamente hacia un costado del camino, como si algo los jalara. Los tres restantes se esparcieron en búsqueda de sus compañeros, pero uno a uno, sufrieron la misma suerte de los demás.

Mientras miraba perplejo de lado a lado del camino, detrás de un grupo de árboles salió Diana con su ya acostumbrada sonrisa y como siempre

dirigiéndome un guiño de sus ojos miel.

Terminamos el camino sin contratiempos y pude entregar la carga completa y el agradecido socio del viejo mercader me pagó lo acordado. Le hice creer que fue cuestión de suerte no haber sufrido ningún ataque, obviamente no delataría la presencia de Diana. Con el dinero recibido compré víveres para el camino y un pequeño dije con forma de cabeza de dragón con dos diminutos rubíes como ojos. El dije se lo compré a Diana como agradecimiento por su ayuda; en principio me reprochó argumentando que podría haber comprado cosas que yo necesitara, pero igual se sentía muy agradecida por el detalle y me confesó que jamás nadie, humano o dragón, le había obsequiado algo. Me conmovió saber eso, y se lo colgué en su ancho cuello con una improvisada pero resistente tira de cuero.

Continuando con nuestro recorrido, en el próximo pueblo al que llegamos, y cómo siempre al que yo entré solo; descubrí dos cosas perturbadoras: en el dintel del portal de la entrada principal se encontraba colgado un cráneo de dragón; y por las calles y en la plaza principal se podían leer varios panfletos de algo llamado el Culto Anti-Dragón. Con la mayor prudencia que pude, averigüé sobre éste culto y descubrí que son un grupo de guerreros y hechiceros que se habían propuesto como meta erradicar los dragones de todo ese territorio; de hecho, el cráneo que colgaba en la entrada del pueblo pertenecía al dragón que yo había estado buscando en un principio.

Todo lo anterior se lo hice saber a Diana para que estuviera alerta y partiéramos al otro día tan pronto amaneciera. Pude notar en su rostro miedo y tristeza por la muerte de aquel dragón, que si bien no era tan gentil como ella, era uno de su raza.

Acordamos que no encendería ninguna fogata en nuestro campamento para evitar que nos vieran, pero eso no impidió que uno de los hechiceros de ese culto, valiéndose de alguna artimaña mágica, nos rastreara y encontrara.

Nos tomó por completo de sorpresa pues no pensamos que las gentes de ese culto tuvieran tal poder. Todos los que nos rodearon en nuestro campamento tenían unos extraños talismanes colgados en sus cuellos que tal vez los escondía de los dragones porque Diana no los había percibido.

En cuanto se acercaron me arrastraron lejos de Diana y le lanzaron una gigantesca red, en cuyos extremos brillaban otros talismanes parecidos a los de sus cuellos. Diana sólo podía forcejear mientras yo les rogaba que no le hicieran nada, trataba de explicarles que ella no era mala, pero el que parecía ser el líder de esa cuadrilla afirmaba que ella me tenía hipnotizado y decía algo de ser el máximo premio, pues al parecer eran escasas las dragonas y para ellos evitar que la especie procreara era de

los máximos logros.

Mientras el líder que era una especie de hechicero, pronunciaba un conjuro y agitaba en el aire una larga y extraña daga, logré soltarme de uno de mis captores con el tiempo suficiente para caerle encima al hechicero antes de que clavara esa daga en el pecho de Diana. Forcejeamos en el suelo un momento y los demás dejaron de prestarle atención a Diana para ayudarle a su jefe. Fue entonces cuando tratando de quitarle el arma, terminó clavándose en mi pecho. Emití un fuerte grito y Diana al oírlo se estremeció tan fuerte que pudo quitarse la red de encima junto con el par de guerreros que aún sostenían la red.

Aunque se me empezaba a nublar la vista, alcancé a ver como Diana rugía de una manera aterradora y se deshacía de todos esos desgraciados lanzándolos por los aires con sus mandíbulas o agitando su poderosa cola.

Debo haber estado medio muerto y medio vivo, pues podía jurar estar viendo a mi lado a Luisa, así que pensaba que de una forma u otra me reuní con ella en el más allá. Cada vez sentía más frío y sueño hasta que no pude aguantar más y cerré los ojos.

Cuando desperté me encontré recostado bajo la sombra de un árbol y Diana no dejaba de mirarme de cerca y fijamente con sus ojos color miel. Hasta ese momento no había reparado lo extrañamente familiares que me eran esos ojos. De pronto exclamó cómo sorprendida "No puedo creer que haya funcionado" y me sonrió. Me sentía desorientado y me dolía el pecho, me toque, lo miré y vi una enorme cicatriz. Recordé la daga y los ocultistas y le pregunté a Diana que más había sucedido. Ella respondió que ya se había ocupado de ellos y que luego curó mi herida. Indagué por el estado de ella y me contestó que estaba bien y me guiñó el ojo, esa era ya una señal para que no me preocupara ni preguntara más.

Antes de continuar el viaje ella me indicó que era hora de mostrarme algo y pidió que la mirara directamente a sus ojos, lo hice y me absorbí en su mirada. Sus ojos me seguían siendo extrañamente conocidos... Por el rabillo de mis ojos pude ver como su fisonomía cambiaba hasta tomar forma humana. Cuando aparté la vista de sus ojos miel, quedé boquiabierto al descubrir que tomó la forma de Luisa. Me restregué los ojos creyendo que era una ilusión pero ella tomó mis muñecas, al mirarla de pies a cabeza estaba completamente desnuda, con el dije colgado en su cuello y una cicatriz en su pecho similar a la mía. Luego ella exclamó, tocando con una mano su cicatriz y con la otra la mía: "Tú me salvaste a mí, y yo te salvé a ti".

De repente, ahora recordaba esos ojos, eran los de Luisa, siempre habían sido los de ella.